

*Bhikhu
Parekh*



Repensando

el



*multi-
culturalismo*

Ciencia Política

ISTMO 

Serie Ciencia Política
Directór: Ramón Maíz

Colección Fundamentos n.º 222

© Bhikhu Parekh, 2000
Publicado originalmente por Macmillan Press, Ltd., 2000
© Ediciones Istmo, S. A., 2005
para lengua española
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com

Diseño de cubierta:
Sergio Ramírez

ISBN-10: 84-7090-460-4
ISBN-13: 978-84-7090-460-8
Depósito legal: M. 25.929-2005

Impresión: Fernández Ciudad, S. L.
Madrid

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el artículo 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	
INTRODUCCIÓN.....	
I. MONISMO MORAL	
1. Monismo griego	
2. Monismo cristiano	
3. El monismo del liberalismo clásico	
4. Locke.....	
5. J. S. Mill.....	
6. Crítica del monismo.....	
II. FORMAS DE PLURALISMO	
1. Vico	
2. Montesquieu.....	
3. Herder	
4. Malinterpretar la cultura	
III. RESPUESTAS LIBERALES CONTEMPORÁNEAS ANTE LA DIVERSIDAD	
1. Rawls.....	
2. Raz	
3. Kymlicka.....	
4. Comentarios generales.....	
IV. EL CONCEPTO DE SER HUMANO	
1. La naturaleza humana	

der político, la libertad de prensa, etc. Puesto que los líderes chinos no ofrecen una alternativa viable, su rechazo de los derechos humanos resulta ser egoísta y desde luego sospechosa.

Teniendo en cuenta las inevitables diferencias entre sociedades en lo que respecta a su historia, sus tradiciones y su cultura moral, es tan inevitable como deseable que las distintas sociedades interpreten, jerarquicen y materialicen de forma diversa los grandes valores morales, integrándolos así en su propio y adecuado entramado moral denso y complejo. Es la única manera a través de la cual podemos profundizar en nuestras ideas sobre la complejidad y la grandeza de la vida humana y llegar a niveles cada vez más elevados de universalidad moral. Sin embargo, existe el peligro obvio, y desgraciadamente muy familiar, de que ciertos gobiernos malintencionados o grupos políticos dominantes abusen de una libertad de interpretación legítima para minar estos valores. Esto ocurre incluso en sociedades liberal-democráticas maduras respecto de derechos humanos recogidos en sus constituciones (la analogía política interna a los valores morales universales). Confiamos en que los tribunales protegerán, interpretarán y equilibrarán estos derechos. A veces ni siquiera esto funciona y entonces nos volcamos de nuevo en el proceso político democrático con todas sus limitaciones. En el contexto internacional necesitamos que, con el tiempo, se evolucione hacia la creación de instituciones judiciales y políticas de este tipo. Hasta entonces, no tenemos más alternativa que confiar en el diálogo transcultural al que hacíamos referencia antes, en el peso moral de la opinión pública del mundo ilustrado unido, en la presión global política y económica que se puede ejercer y, en algunos pocos casos, en la intervención humanitaria.

V. LA COMPRESIÓN DE LA CULTURA

1. Naturaleza y estructura de la cultura

Los seres humanos intentan encontrar un sentido a sí mismos y al mundo y se plantean preguntas respecto del sentido y significado de la vida humana, de sus actividades y de las relaciones que establecen. Cuando se pregunta por el sentido que tiene una actividad se están planteando cuestiones sobre su naturaleza y su propósito. Preguntar por el significado de algo supone pensar en su mérito y valor, en el tipo y grado de importancia que cabe asignarle y en el lugar que ocupa en el ámbito de la vida humana en general. Sentido y significado guardan una estrecha relación entre sí, ya que el significado del que dotamos a algo depende del modo en que entendamos su naturaleza y propósito. Por ejemplo, preguntarnos por el sentido de la sexualidad supone cuestionar el tipo de actividad de la que se trata, preguntarse si es algo exclusivamente físico o tiene un significado social y espiritual, si implica un compromiso moral por parte de los implicados y de qué tipo, y cómo se relacionan entre sí sus diversas dimensiones: el placer, la reproducción, etc. Cuando nos preguntamos por su significado, nos planteamos si es importante y por qué, cuál es el papel que desempeña en la vida humana, cuál es su importancia comparada en relación a otras actividades y deseos, etc. Se pueden plantear cuestiones sobre el sentido y el

significado de cualquier actividad humana, como puede ser el escribir un libro, ganar dinero, hacer una carrera, votar o protestar contra la injusticia. También se pueden hacer estas preguntas en torno a cualquiera de las relaciones humanas como la de ser padre o ser hijo, ser marido o ser esposa, ser vecino, ser un colega, un ciudadano o un extranjero, y cabe asimismo plantear estos temas respecto de la vida humana en general.

Las creencias o puntos de vista que sostienen los seres humanos sobre el sentido y significado de la vida humana, así como respecto de las actividades y las relaciones que forman parte de ella, configuran las prácticas en torno a las cuales estructuran y regulan sus vidas individual y colectivamente. Utilizaré el término cultura para referirme a estos sistemas de creencias y prácticas. La cultura es un sistema de sentido y significado creado históricamente o, lo que viene a ser lo mismo, un sistema de creencias y prácticas en torno a las cuales un grupo de seres humanos comprende, regula y estructura sus vidas individual y colectivamente. Es una forma tanto de comprender como de organizar la vida humana. La comprensión que se persigue tiene una vertiente práctica, no es de naturaleza puramente teórica como ocurre en el caso de la filosofía o la ciencia. El modo en que la cultura permite organizar la vida humana no es *ad hoc* y meramente instrumental, sino que está basado en una forma concreta de conceptualizarla y comprenderla.

Cuando lo usamos en forma sustantivada, el término cultura abarca más o menos la totalidad de la vida humana. Cuando lo adjetivamos, hacemos referencia a un área o aspecto de la vida humana enfatizado a través del adjetivo. Términos como la cultura de los negocios, la cultura de la droga, cultura moral, política, académica o sexual hacen referencia a todo un cuerpo de creencias y prácticas llamadas a regular los ámbitos más relevantes de la vida humana, incluidas las formas de conceptualizarlos, delimitarlos, estructurarlos y regularlos. Términos como cultura gay, juvenil, de masas o de los trabajadores, hacen referencia al modo en que estos grupos entienden el lugar que ocupan en la sociedad y regulan sus relaciones tanto internas como externas. La cultura popular se refiere a las creencias y prácti-

cas de hombres y mujeres corrientes, a la cultura tal como se la vive realmente, mientras que el concepto de alta cultura define los grandes logros creativos de las mentes mejor dotadas de una sociedad dada. Si bien la alta cultura pretende ir más allá de la cultura general de la sociedad en sentido amplio debido a su interés por explorar los rasgos más universales de la existencia humana, retiene invariablemente rasgos de su origen local. Esto se debe a que hasta las mentes más creativas se ven influenciadas por la sociedad a la que pertenecen desde la infancia, se orientan a partir de las experiencias que viven a través de ella, utilizan su lengua, comparten algunas de las asunciones inconscientes de esa sociedad y esperan ser apreciadas o al menos comprendidas por el resto de sus miembros.

La cultura se articula a distintos niveles. En su nivel más básico se ve reflejada en el lenguaje, en una sintaxis, gramática y vocabulario que sirven para describir el mundo. Aquellas sociedades que comparten una lengua común comparten al menos ciertos rasgos culturales. Y cuando un grupo de individuos adquiere una lengua totalmente nueva (como ocurriera por ejemplo en el caso de muchos súbditos coloniales), también está aprendiendo formas totalmente nuevas de entender el mundo. La cultura de una sociedad también se encarna en sus proverbios, máximas, mitos, rituales, símbolos, memorias colectivas, chistes, lenguaje corporal, formas de comunicación no lingüística, costumbres, tradiciones, instituciones y formas de saludo. A un nivel ligeramente distinto se encarna en el arte, la música, la literatura oral y escrita, la vida moral, los ideales de excelencia, los individuos ejemplares y la idea de la vida buena. Aunque estructura y ordene la vida humana, la cultura también se articula en reglas y normas que gobiernan actividades y relaciones sociales tan básicas como cuándo y con quién se come, con quién se asocia uno, con quién se hace el amor, cómo se llora y dispone de los muertos, cómo debe tratarse a los padres, los hijos, la esposa, los vecinos y los extraños.

Toda cultura evoluciona en el tiempo pero no por ello deja de ser un todo complejo y sin sistematizar. Comprende lo que Raymond Williams (1980) ha denominado hilos residuales de

pensamiento, es decir, ideas que fueron dominantes en su momento y sobreviven en el seno de la cultura dominante, bien adoptando la forma de recuerdos históricos, bien en tanto que elementos no digeridos. Una cultura también tiende a producir lo que Williams denomina hilos de pensamiento emergentes, es decir, aquellos cuerpos de ideas semiarticulados que surgen a partir de la insatisfacción con la cultura dominante y suelen ser utilizados por un grupo reducido (Williams, 1980, pp. 10 ss. y 41 ss.). Puesto que estos dos cuerpos de ideas son fuentes potenciales de cambio, a menudo la cultura dominante intenta suprimirlos o neutralizarlos. Toda cultura es variada, habla con voces diferentes y ocurre a menudo que la banda de sus posibilidades interpretativas está por determinar.

Como hemos tenido ocasión de comprobar, muchos autores (en especial los monistas, aunque no sólo ellos) disocian erróneamente la moral de la cultura afirmando que, si bien la cultura es local y varía de sociedad en sociedad, la moralidad es algo inherentemente universal y sólo guarda una relación contingente con la cultura. La moralidad se ocupa del tipo de vida que merece vivirse, de las actividades que merece la pena realizar y de los tipos de relaciones humanas que merece la pena cultivar. Presupone criterios de mérito o valor que, a su vez, provienen de un sistema de significados o cultura. Todo sistema moral forma parte de una cultura más amplia que lo nutre y sólo se lo puede alterar modificando ésta. La cultura moldea y estructura la vida moral en lo referente a su ámbito de aplicación, su contenido, la autoridad y los tipos de emociones asociados a ella. Muchas culturas tradicionales consideran que la naturaleza es un todo espiritual y que la actitud humana hacia ella es un problema a resolver a través de la moral. La mayoría de los modernos adopta un punto de vista «desencantado» respecto de la naturaleza y entiende que las relaciones que los seres humanos establecen con ella están al margen del ámbito de la moralidad. En algunas culturas se considera que los alimentos son un don de Dios, o un medio para mantener un cuerpo que es un regalo divino. Por lo tanto para ellos, lo que se come, cómo y con quién son cuestiones morales, mientras que en otras culturas los alimentos no tienen ningún significado moral.

En muchas culturas protestantes se hace hincapié sobre la dimensión interna de la moralidad a la que consideran un aspecto autónomo de la vida. Otras culturas como la china, la hindú y ciertas sociedades africanas envuelven esta dimensión en todo un sistema de rituales y convenciones sociales; otras ni siquiera cuentan con una palabra propia para designarla.

Que la moralidad forma parte de la cultura se hace evidente cuando se contempla la forma en que las costumbres, las ceremonias y los rituales encarnan y dan sentido a los valores morales. Por ejemplo, el respeto por la vida humana no es sólo un principio moral abstracto, sino que se materializa en cosas como las costumbres y los rituales a los que recurrimos al enterrar a nuestros muertos, en nuestra forma de vestir o comportarnos en los funerales, en nuestro modo de tratar a los extraños, de ayudar a los pobres y los ancianos, de celebrar el nacimiento de un hijo. Estas prácticas dotan al principio moral relevante de un contenido concreto y de fuertes raíces emocionales, crean un cuerpo apropiado de tabúes e inhibiciones, y atenúan la dureza e impersonalidad de las exigencias morales integrándolas en la vida cotidiana. Como ya hemos tenido ocasión de comprobar, el hecho de que la moralidad esté estrechamente vinculada a la cultura no significa que no se la pueda criticar o que no existan principios morales universales.

Aunque haya una estrecha relación entre las creencias y las prácticas de una cultura, también se debe tener en cuenta que se trata de cosas distintas sujetas a lógicas diferentes. Ambas difieren al menos en cuatro aspectos importantes. Las creencias son necesariamente generales, pueden ser incluso vagas y susceptibles de diversas interpretaciones, mientras que las prácticas pensadas para regular la conducta humana y las relaciones sociales son bastante concretas y determinadas. En segundo lugar, si bien no es fácil descubrir las creencias y hacerlas eficaces, es sencillo discernir qué supone actuar de acuerdo con las prácticas y convertir esta conducta en obligatoria. En tercer lugar, las creencias pertenecen básicamente al ámbito del pensamiento y las prácticas al de la conducta. Por lo tanto, es más

probable que las creencias se vean influenciadas por las nuevas ideas y conocimientos, y las prácticas por las nuevas situaciones sociales y experiencias. En cuarto lugar, la coherencia entre creencias es un problema de una consistencia cuya naturaleza es diferente a la consistencia requerida respecto de las prácticas, ya que en este último caso se trata exclusivamente de un tema de compatibilidad práctica. Merced a éstas y otras diferencias, creencias y prácticas, aunque estén internamente relacionadas y se vean sometidas a influencias mutuas, también están al albur de sus propias y características limitaciones y modelos de cambio. Las creencias de una sociedad pueden cambiar, pero puede que sus prácticas no lo hagan al mismo ritmo o viceversa. Y cuando una de las dos cambia a un ritmo inusitadamente rápido, puede que se convierta en excesivamente conservadora respecto de la otra intentando retener su sentido de continuidad o estabilidad. Puesto que los vínculos entre creencias y prácticas son laxos y volátiles y a menudo existe un hiato entre ambas, no hay cultura que constituya un todo consistente y coherente.

Si bien cultura y sociedad son inseparables en el sentido de que ni existe una sociedad sin cultura ni una cultura que no esté asociada a algún tipo de sociedad, ambas son distintas en el enfoque y la orientación (Carrithers, 1992, pp. 25 ss.). En términos generales, cuando hablamos de sociedad estamos haciendo referencia a un grupo de seres humanos y a la estructura de sus relaciones, siendo así que es la cultura la que dota de contenido a estas relaciones a través de la fijación de principios legitimadores y organizativos. La sociedad se ocupa básicamente de estructurar las prácticas y, partiendo de sus creencias culturales legitimadoras, también desarrolla su propio sistema de sanciones. Éstas pueden adoptar la forma del ostracismo o de la eliminación de los privilegios que confiere el *status* social y suelen ir acompañadas del tipo de crítica adversa pensada para reforzar las prácticas recomendadas. Los miembros de una sociedad pueden seguir las prácticas sociales bien porque comparten su significado cultural y las creencias legitimadoras de fondo, bien porque temen las consecuencias sociales de la disconformidad o bien por ambos motivos.

Por ejemplo, nuestra práctica de la monogamia parte del sentido y significado que nuestra cultura otorga al matrimonio y las relaciones entre sexos. Uno puede seguirla porque comparte y respeta estas creencias o porque no quiere estar fuera de lugar, atraer una atención hostil o enfrentarse a la desaprobación de amigos y parientes. En el primero de los casos uno sigue la práctica por razones culturales, en el segundo se la despoja de su significado cultural, considerándola más como una práctica social que cultural, y se la respeta por motivos sociales. Esto es un fenómeno bastante corriente que se da en todas las sociedades. Algunos hindúes siguen las normas de su sistema de castas porque aceptan su autoridad y sentido culturales, otros por miedo a las sanciones sociales y económicas. El hecho de que uno observe las prácticas propias de su cultura no significa que uno lo haga por razones internas. Ésta es la razón por la que una cultura puede verse erosionada y vaciada de contenido desde dentro sin que nadie lo note. Puede incluso ser reemplazada por otra de manera que a un observador externo le parezca estar asistiendo a un cambio revolucionario.

Puesto que la cultura se ocupa del sentido y significado de las actividades y relaciones humanas, y puesto que estos asuntos también conciernen a la religión, normalmente ambas están estrechamente interrelacionadas¹. De hecho, apenas existe cultura alguna en cuya creación, constitución y continuación la religión no haya desempeñado un papel importante. Tanto es así que contamos con escasos ejemplos, si es que disponemos de alguno, de una cultura humanista o plenamente secular. Aunque la modernidad parezca ser uno de estos ejemplos, de hecho es heredera de un cristianismo cuyos valores, mitos, ideales y creencias han ejercido una profunda influencia sobre ella. Esto no implica que no podamos defender los modernos ideales de dignidad humana, igualdad, autonomía personal y elección in-

¹ «No hay cultura alguna que haya surgido o se haya desarrollado al margen de una religión.» (ELIOT (1948, p. 15) Y prosigue: «La relación entre ambas es tan difícil de aprehender que no estoy seguro de captarla yo mismo más que en *flashes*, o de entender todas sus implicaciones» (p. 30).

dividual a partir de categorías laicas. Lo que ocurre es que todos estos ideales y valores pasaron a formar parte integrante de la conciencia moderna y a gozar de gran predicamento popular por mediación del cristianismo. Una de las razones que explican la crisis moral actual está relacionada con el hecho de que seguimos apreciando estos valores, pero ni compartimos la racionalidad religiosa que hay detrás, ni sabemos cómo defenderlos adecuadamente a partir de argumentos totalmente seculares.

La religión desempeña papeles diferentes en las distintas culturas. Ninguna cultura deriva exclusivamente de una religión ya que, por muy detallada que ésta sea, nunca puede cubrir todos los ámbitos de la vida humana ni anticipar todas las situaciones. Hay muy pocas religiones que digan a sus fieles cómo deben comer, vestirse, hablar, sentarse, dormir, lavarse los dientes o hacer el amor. Y si bien puede que exijan el respeto a normas muy generales en las que se especifique, por ejemplo, que hay que respetar a los padres, estas normas generales no se desglosan a continuación en normas más específicas en las que se conmina a los hijos a que no fumen en su presencia ni permanezcan sentados si los progenitores están de pie. Éste, al igual que muchos otros, es un ámbito del que se ocupa la cultura. Cultura y religión se influyen mutuamente a diversos niveles. La religión contribuye a dar forma a los sistemas de creencias y prácticas que se inscriben en una cultura. Ésta es la razón por la que cuando los individuos o las comunidades se convierten a otra religión, también cambian sustancialmente su forma de vivir y de pensar. La cultura, por su parte, influye sobre el modo en que se interpreta una religión y se llevan a cabo sus rituales, sobre el lugar que se le asigna en la vida social, etc. Así, los conversos trasladan su cultura a la nueva religión, lo que explica las grandes diferencias que existen entre las formas indonesia, india, iraní o argelina del islam y entre los modos chino, egipcio o norteamericano del cristianismo. No hay religión alguna que esté totalmente desvinculada de la cultura y, por su parte, la voluntad divina no puede adquirir significado para los humanos al margen de la mediación cultural. Puede que Cristo sea divino, pero el cristianismo es un fenómeno cultural.

Si bien no hay cultura alguna que exista exclusivamente en base a la religión, ésta puede moldearla de formas y en grados diversos. Algunas culturas tienen una dependencia primaria y fuerte de la religión, en otras la religión se limita a ser una fuente de influencia y se ve sometida al reto constante que representan la ciencia, la moral laica y la razón crítica, por ejemplo. Cada tipo de cultura da lugar a una forma de discurso propio y a distintos modos posibles de cambio. En las del primer tipo, la religión lleva la voz cantante, y los debates sobre reformas culturales tienen lugar en lenguaje religioso y se centran en torno a diversas interpretaciones posibles de textos religiosos. En una cultura plural sometida a distintos focos de influencia, el discurso público en torno a la cultura se realiza tanto en un lenguaje religioso como en uno secular; es un discurso necesariamente multilingüe. Aunque una cultura de base religiosa tienda a ser más conservadora, en ocasiones puede que sea más sencillo introducir cambios en ella que en una laica. Puesto que básicamente deriva de una única fuente, puede sometérsela rápidamente a cambios bastante radicales, siempre y cuando los dogmas centrales de la religión correspondiente se interpreten de modo adecuado.

Si bien religión y cultura están estrechamente interconectadas, se las puede considerar por separado tanto en lo referente al modo de pensar como en lo relativo a la práctica. De la misma manera en que podemos abstraer la base cultural de una práctica y seguirla por razones puramente sociales, podemos hacer caso omiso de su base religiosa y seguirla o respetarla por razones culturales o bien exclusivamente sociales. Se puede ir a la iglesia e incluso creer en Dios debido a un compromiso religioso, porque es culturalmente importante hacerlo, porque es una práctica que aglutina a la comunidad cultural a la que uno pertenece, quizá incluso porque esa práctica eleva el *status* social. Asimismo podemos celebrar la Navidad porque tiene para nosotros un profundo significado religioso, porque refleja un momento culturalmente importante de nuestra historia o bien porque se trata de una buena forma de afirmar nuestra pertenencia a la sociedad o de no atraer una atención crítica.

Por lo tanto, la pertenencia a una comunidad cultural admite mucha variación, no se puede hablar de una naturaleza homogénea en este aspecto. Algunos de sus miembros pueden compartir todas sus creencias y otros sólo unas cuantas. A su vez, los primeros pueden estar en desacuerdo respecto de la forma correcta de interpretarlas o del grado de lealtad que requiere su aceptación. Algunos pueden seguir escrupulosamente todas las prácticas sociales aceptadas, otros sólo unas cuantas; y pueden hacerlo por razones sociales, culturales o religiosas, quizá incluso por las tres. Puesto que las razones que nos hacen seguir ciertas prácticas pueden resultar inescrutables para los demás (a veces incluso para los agentes mismos), no tenemos forma de saber cuál es nuestro grado de implicación (o el de los demás) hacia nuestra cultura. Así, lo que se requiere para ser miembro de una comunidad varía en tipo y grado e incluso a veces puede generar profundos desacuerdos. Toda comunidad vive con esta inestabilidad y falta de certeza. Y puesto que es muy raro que los miembros lleguen a un acuerdo respecto del grado de ambigüedad que conviene tolerar, o de cuándo se puede decir que alguien ha abandonado su cultura, o de cuáles son los casos límite, no hay cultura alguna que esté al margen de la tensión que genera todo esto.

Puesto que una cultura es un sistema de prácticas y creencias, el meollo de su identidad se ve continuamente puesto en tela de juicio y sometido a cambio sin llegar a configurar un todo coherente. Nunca acaba de asentarse su identidad, nunca es algo estático ni libre de ambigüedad². Lo que no significa, como se ha dicho algunas veces, que carezca de identidad. Es poco frecuente, incluso imposible, que un sistema de significación entero se convierta en objeto de disputa. La protesta se centra en ciertas áreas y sólo existe porque se da un consenso amplio en otras. Porque, si bien una cultura nunca es algo estático, no todos sus aspectos pueden cambiar a la vez. Algunos cambian y otros no, y los que cambian lo hacen a ritmos distintos.

² Una descripción brillante de la indeterminación inherente a las fronteras y estructuras culturales en BHABHA (1993).

Al igual que ocurre en el caso de la identidad de un individuo, la de la cultura varía lentamente y por partes, dando tiempo a sus miembros a asimilar los cambios y a adaptarse a ellos para reconstruir su identidad sobre una nueva base. Sólo cuando los cambios son profundos y rápidos, o se introducen a través de factores sobre los que la comunidad no ejerce control alguno, puede que sus miembros no sean capaces de encontrar su camino en la vida a partir de los recursos que su cultura pone a su alcance, lo que puede generar una sensación de pánico moral.

Los individuos experimentan un conflicto cultural cuando suscriben (total o parcialmente) dos sistemas de significado diferentes a partir de los cuales quieren organizar sus vidas. En el primero de los casos el conflicto abarca todas las áreas significativas de su vida. Es lo que le sucede, por ejemplo, cuando un individuo se siente fuertemente atraído tanto por la visión del mundo tradicional musulmana o católica, como por la moderna liberal y secular, siendo así que no es capaz de reconciliar ambos puntos de vista o de elegir uno. En el segundo caso, el conflicto sólo afecta a ámbitos concretos de la vida. Es lo que sucede cuando un individuo se siente atraído tanto por, digamos, la idea hindú tradicional como por el punto de vista occidental sobre lo que deben ser la sexualidad, las relaciones con los padres, las actitudes ante extraños, niños y hermanos. Aunque estos conflictos limitados formen parte de la vida en casi cualquier sociedad moderna y, por lo general, sus miembros sepan cómo enfrentarse a ellos, no es fácil resolver conflictos profundos y omnicomprensivos. La situación puede generar confusión moral, esquizofrenia e incluso tendencias autodestructivas.

Puesto que las culturas se crean a partir de rasgos compartidos de la existencia humana, resulta imposible que no compartan al menos algunas creencias y prácticas. Lo que no significa, como se ha dicho en alguna ocasión, que sean un *continuum* imposible de diferenciar o individualizar. Después de todo, también las lenguas tienen mucho en común, lo que no nos impide distinguirlos o reconocerlos, o apreciar el que sean algo único. Aunque algunas creencias y prácticas culturales se solapen, otras no, y a las primeras las diferentes culturas les asignan diversos sen-

tidos y significados. Las culturas se diferencian unas de otras tanto por el contenido de sus prácticas y creencias, como por la forma que tienen de relacionarlas internamente de modo que se cree un todo coherente. No existe un único espíritu trascendente a lo Herder o Montesquieu que alguien pueda descubrir desde fuera y utilizarlo para individualizar o definir a una cultura. La identidad cultural es compleja y difusa, no se puede resumir en una serie de proposiciones claras y sólo se la puede aprehender a través de una familiaridad íntima y profunda.

Los individuos tienen distintas formas de relacionarse con su cultura, y, de entre ellas, tres son las más comunes. Algunos individuos aprecian profundamente su sistema de sentido y significado e intentan llevar vidas culturalmente auténticas, adaptándose escrupulosamente a los ideales de su cultura sobre lo que debe ser un buen padre, hijo, esposo, esposa, vecino, colega o ser humano. Puesto que una cultura a menudo engloba diversas tendencias del pensar, y ya que su sistema de significados es elástico, una auténtica vida cultural supone la necesidad de elegir y puede vivirse de distintas maneras. Siempre que defendamos una idea de la autenticidad plural y no esencialista, una vida de este tipo puede tener su propio atractivo. Aunque no dé amplitud de miras y tienda a reflejarse siempre hacia el interior, mantiene vivos los valores centrales de la cultura, ahonda en sus recursos morales y espirituales y fija un ejemplo de lo que supone una vida plena e integrada. Algunos individuos tienden a innovar más. Manteniéndose enraizados en su propia cultura, toman prestadas las creencias y prácticas de otros que encuentran valiosas para enriquecer y ampliar su propia cultura. Al igual que ocurre en el caso de una vida cultural auténtica, una vida culturalmente innovadora puede adoptar diversas formas, dependiendo de lo que se tome en préstamo y de cómo se haga. Está llena de vitalidad experimental, conduce a diferentes culturas a un diálogo fructífero, sin desarraigar a los individuos, todo lo cual dice mucho a su favor.

Otros individuos manifiestan un desapego cultural. No brindan su lealtad a ninguna cultura, flotan libremente entre varias de ellas picando aquí y allá prácticas, creencias y estilos de vida

que gozan de sus simpatías, construyéndose así una forma de vida ecléctica propia. Si bien esta forma de vida puede resultar sumamente original y creativa en manos de personas juiciosas, quien la adopta también corre el riesgo de que le resulte hueca y frágil. Al carecer de profundidad histórica y de tradiciones, no puede inspirar y guiar las elecciones que se hagan, no brinda estabilidad ni un canon moral y da alas a la práctica de saltar de cultura en cultura para obviar el rigor y la disciplina presentes en cualquiera de ellas. Es una cultura de notas a pie de página, una jerga de notas discordantes y no una cultura en el sentido pleno de significado del término. En parte de la literatura posmoderna (aunque desde luego no en toda), existe cierta tendencia a romantizar esta aproximación a la cultura, basándose en la creencia equivocada de que todo límite es reaccionario y paralizante y que la trasgresión es un símbolo de creatividad y libertad. Los límites estructuran nuestras vidas, nos crean un sentimiento de arraigamiento e identidad, son un punto de referencia. Incluso cuando nos rebelamos ante ellos, sabemos contra qué nos rebelamos y por qué. Puesto que tienden a convertirse en restrictivos, debemos desafiarlos y ampliarlos, pero no podemos eliminarlos totalmente porque entonces careceríamos de puntos de referencia fijos a partir de los cuales definirnos a nosotros mismos y decidir qué diferencias queremos cultivar y por qué³. Un viajero cultural nómada, llevado por un temor mórbido ante todo lo que sea coherente, estable, histórico o que implique disciplina y placer en la diferencia por la diferencia misma, carece de la base necesaria para decidir qué límites hay que transgredir, por qué, qué tipo de nuevo mundo se quiere construir después de la trasgresión y qué tipo de diferencias realmente suponen una diferencia. Como ya mostrara Hegel en su análisis sobre la Revolución francesa, una libertad sin límites ni guía cultural, la cultura de la voluntad pura, se destruye a sí misma y de paso al mundo que existía a su alrededor.

³ HALL (1993) ofrece una aguda crítica al «nomádico viaje a la última del pensador posmoderno» en busca de «una diferencia que no suponga una diferencia».

2. La dinámica de la cultura

La cultura de una sociedad está íntimamente vinculada a sus instituciones económicas, políticas y de otro tipo. No hay sociedad alguna que primero cree una cultura y luego las instituciones o viceversa. Ambas son igualmente vitales para su supervivencia, surgen y se desarrollan a la vez y se influyen mutuamente. Aun teniendo en cuenta este hecho, muchos autores se han preguntado si alguna de estas instituciones ejerce una influencia determinante o decisiva sobre las demás. Marx, por ejemplo, atribuía esta capacidad a las formas materiales de producción afirmando, con toda razón, que en un vacío social no existe cultura, que ésta a menudo desempeña el papel de legitimar ideológicamente el sistema prevaleciente de poder político y económico, que no se la podía comprender al margen de estos últimos, y que se veía constantemente sometida a reinterpretaciones y manipulación. Sin embargo, se equivocaba al pensar que la producción material tenía lugar en un vacío cultural, que lógica y temporalmente era anterior a la cultura y que esta última carecía del poder de ejercer una influencia independiente sobre la producción. Herder vio este problema más claramente que Marx, pero cometió el error opuesto de ignorar el enorme poder del sistema económico. Montesquieu señaló con razón la influencia ejercida por el clima y la geografía, Hegel la de las ideas y Weber la de la religión, pero cada uno de ellos se equivocó al ignorar la influencia de los demás factores. Además, todos ellos cometen un error añadido al ignorar las diferencias que existen de una sociedad a otra y de un periodo histórico al de más allá, y al pensar que un mismo factor puede ejercer más o menos la misma influencia en todo momento y lugar.

No es preciso que entremos aquí en el debate sobre la importancia relativa de los factores culturales y de otro tipo. Nos limitaremos a señalar el hecho obvio de que ninguno de ellos es impotente o incapaz de ejercer una influencia propia. En lo referente a la cultura, nuestra principal preocupación, hay que decir que influye en las grandes instituciones sociales de las maneras más diversas. La forma que tiene una sociedad de organizar su

vida económica y política depende de cómo se definan, legitimen y regulen (y de que sentido y significado se asigne a) la persecución de la riqueza y el ejercicio del poder, respectivamente. Si bien los atenienses de la época clásica pudieron desarrollar gran parte de la tecnología que posteriormente desplegaron los romanos, no lo hicieron porque su sensibilidad estética y sus ideas sobre las relaciones imperantes entre los hombres y la naturaleza y sobre la vida buena empujaban hacia otra dirección. En la India, la cultura brahmánica dominante desincentivaba el desarrollo económico y tecnológico porque tenía una mala opinión de este tipo de actividades y les negaba patronazgo regio, legitimidad moral y respetabilidad social. En las sociedades premodernas, las actividades económicas se veían sometidas a todo tipo de limitaciones derivadas de las ideas prevalecientes sobre la naturaleza y los propósitos de la vida humana, así como del ámbito de la justicia. El resultado fue que la actividad económica carecía de la dignidad e independencia necesaria para adquirir vida propia y evolucionar hacia el capitalismo.

Así como la cultura moldea las instituciones económicas, políticas y de otro tipo, también se ve influida por éstas. Cada una de ellas tiende a estructurar a su modo el mundo de la vida, a delimitar el ámbito de las actividades y relaciones humanas posibles, a moldear las experiencias humanas más fundamentales y a influir así profundamente sobre el contexto y el contenido de la cultura. Además, puesto que ningún sistema de poder económico y político puede basarse exclusivamente en la fuerza bruta, debe legitimarse a los ojos de sus miembros, especialmente a los ojos de los oprimidos y los marginados, lo que implica la necesidad de que se dé forma adecuada a sus creencias culturales y morales. No puede así sorprender que las clases dominantes nunca pasen por alto la cultura. Por su parte, los oprimidos y marginados no pueden depender sólo de las protestas y de la fuerza para asegurarse de que se haga justicia, y se ven ante la necesidad de reinterpretar o desafiar los aspectos más relevantes de la cultura prevaleciente. Puesto que la cultura es una fuente de legitimidad y de poder, todas las batallas políticas y económicas se libran también a nivel cultural, y

todas las batallas culturales tienen una inevitable dimensión política y económica.

No hay cultura alguna que esté al margen del desafío y del cambio. La clase, el género, los conflictos generacionales y de otro tipo son endémicos en todas las sociedades y éstas intentan expresarlos de forma culturalmente adecuada. Incluso cuando estos conflictos disminuyen y parecen no existir, lo más probable es que los miembros de la comunidad cultural se muestren en desacuerdo sobre la interpretación cultural determinante de sus prácticas y creencias. E incluso en ausencia de estos desacuerdos, una cultura nunca puede ser estática y estable debido a la naturaleza misma de esas creencias y prácticas constituyentes. Todas las creencias están necesariamente articuladas de forma muy general, en términos de conceptos inherentemente indeterminados y deben ser reinterpretadas a la luz de las nuevas situaciones y los conocimientos novedosos. Y si bien las prácticas tienden a ser más específicas, también hay que adaptarlas a circunstancias nuevas e inesperadas. Por lo tanto, quienes las defienden no pueden evitar ampliar los límites del sistema prevaleciente de prácticas y creencias, ni pueden evitar el abrir nuevas posibilidades interpretativas, lo que a veces tiene consecuencias que no se querían ni pretendían. Por lo tanto, la cultura no es una herencia pasiva sino un proceso activo de creación de significados que no vienen dados, sino que siempre están siendo redefinidos y reconstituídos. Tiene una estructura que dirige y limita la banda de nuevos significados posibles, pero se trata de una estructura relativamente laxa y alterable. Aunque una cultura moldee las formas de conciencia de quienes la suscriben, éstos a su vez redefinen y reconstituyen la cultura, expandiendo sus fuentes cognitivas y evaluadoras. En este aspecto, al igual que en muchos otros, es como un lenguaje, una condición previa y un contexto además de un producto de las elecciones humanas. Se trata de una fuente de límites que es, a la par, un medio de generar creatividad.

La cultura de una sociedad también cambia como respuesta a otra serie de factores como la tecnología, la conquista, las guerras e incluso catástrofes naturales. Durante mucho tiempo, la

tribu ika de África fue muy conocida debido a su forma sumamente optimista de ver el mundo, a su lealtad familiar y la hospitalidad que mostraba con los extraños. Debido a una trágica y prolongada hambruna que generó un enorme sufrimiento y sacó a la luz los tipos más viciosos de conducta humana, su estructura social se desintegró, las tradicionales constricciones morales desaparecieron, su respeto por la vida humana se vio considerablemente debilitado, y su sistema de prácticas y creencias sufrió cambios radicales e inesperados. Las guerras, especialmente las modernas, son sucesos fundamentales en la vida de cualquier sociedad. Implican movilizaciones colectivas, grandes sacrificios materiales y humanos, intensas pasiones y definiciones simplificadas de la identidad nacional capaces de inspirar al país y de diferenciarlo claramente del enemigo. Es una situación que trastorna profundamente la vida nacional en lo referente a lo económico, lo moral y lo cultural. Linda Colley (1992) ha analizado con gran agudeza cómo las guerras napoleónicas alteraron profundamente la percepción que los británicos tenían de sí mismos en tanto que cultura.

Como ya planteara Marx con gran agudeza, la tecnología es una fuente de grandes cambios culturales. Todo gran cambio tecnológico afecta tanto a los procesos como a las relaciones de producción y, por lo tanto, a la organización económica, política y cultural de una sociedad. Requiere de nuevas formas de disciplina, de nuevos hábitos y rasgos de temperamento, de nuevas formas de estructurar y ejercer el poder y de formas novedosas de cooperación. Puede que también aumente el tiempo de ocio, incentive el surgimiento de nuevas aficiones e intereses y genere nuevas formas de relaciones y regulaciones sociales. Los grandes cambios en el sentido y significado que se otorga a la sexualidad y las relaciones reproductivas surgieron a partir de la nueva tecnología de regulación de la fertilidad, algo que no precisa de mayor explicación. Incluso algo tan simple como la introducción de la televisión puede generar cambios culturales significativos. En la India, al igual que en muchos otros países en desarrollo, las actividades nocturnas giran en torno a la televisión. Los hombres y las mujeres se sientan juntos para verla y

elaboran temas conjuntos de conversación a partir de los cuales brotan peleas que no eliminan la satisfacción que produce esta actividad compartida. Todo ello conduce a un debilitamiento gradual de la distancia que tradicionalmente se guardaba entre ambos sexos. Por razones similares también han comenzado a disminuir las diferencias de *status* entre jóvenes y viejos. Puesto que la comida se prepara temprano o se compra fuera del hogar, el resto del día se planifica de forma diferente. Y puesto que, a menudo, viven familias numerosas en habitaciones pequeñas en las que ahora hay un televisor (el símbolo *par excellence* del espacio público), se han ido reestructurando y redefiniendo la naturaleza de los espacios públicos y privados, así como las relaciones que tradicionalmente existían entre ellos.

3. La comunidad cultural

Así como un grupo de personas que comparten un lenguaje, una religión y una estructura de autoridad civil constituyen respectivamente una comunidad lingüística, religiosa y política, un grupo de gente unida a través de una cultura común constituye una comunidad cultural. Las comunidades culturales pueden ser de diversos tipos. Algunas lo único que tienen en común es su cultura. Otras comparten también una religión, especialmente cuando su cultura tiene una impronta religiosa. Aun otras comparten una etnicidad. De hecho, puesto que toda cultura es la cultura de un grupo particular de personas, sus creadores y portadores históricos, todas las culturas tienden a tener una base étnica. Etnia y cultura pueden compartir el camino. Una comunidad étnica puede perder su cultura tradicional, por ejemplo, cuando migra o abandona esa cultura a favor de otra. Y una cultura puede perder su raigambre étnica bien por voluntad propia, bien por una imposición externa. Cuando hablamos de una comunidad cultural, abstraemos éstas y otras diferencias y nos referimos a una comunidad que se basa en una cultura compartida al margen de la forma en que haya surgido ésta y del resto de elementos que puedan tener en común.

Una comunidad cultural tiene dos dimensiones, una cultural y una comunal. Tiene un contenido en tanto que cultura concreta y una base comunitaria en forma de un grupo específico de hombres y de mujeres que son los que comparten esa cultura. Aunque ambas cosas estén íntimamente interrelacionadas, son lo suficientemente distintas como para que, en la práctica, debamos considerarlas por separado. Uno puede retener la propia cultura pero perder o limitar los vínculos con su comunidad de referencia. Es, por ejemplo, lo que sucede en el caso de los inmigrantes que se sienten vinculados a su cultura pero abandonan su comunidad porque la encuentran opresiva o han dejado de congeniar con ella de alguna manera. Lo contrario ocurre cuando uno mantiene los vínculos originales con la propia comunidad, pero rechaza la cultura que predomina en ella. Es el caso, por ejemplo, de quienes, rechazando su cultura, se sienten profundamente unidos a su comunidad e incluso querrían seguir siendo miembros de ella si fuera lo suficientemente abierta como para tolerar a quienes no suscriben la cultura de referencia. Cuando cambia la cultura de una comunidad, o se la abandona a favor de otra, sigue siendo la misma comunidad, esta vez unificada a partir de los términos de una cultura compartida pero diferente. Su identidad cultural es otra, pero puesto que no se ven alteradas ni su composición, ni su continuidad histórica etc., su identidad comunitaria o étnica sigue siendo la misma.

Cuando utilizamos el término «nuestra cultura» no nos referimos a aquella en cuyo seno hemos nacido (porque podemos emigrar o pueden darnos en adopción y puede que nos criemos en el seno de otra cultura), sino a los términos en los que entendemos y organizamos nuestras vidas individual y colectivamente. «Nuestra» cultura es aquella en la que vivimos, que nos ha moldeado y con la que nos identificamos. Y reconocemos como a miembros de esa comunidad cultural a quienes comparten sus creencias y participan en sus prácticas. Al igual que cualquier comunidad, las comunidades culturales no son (ni pueden ser) meras comunidades imaginadas, porque la imaginación precisa de un contenido, una base experimental, un reforzamiento continuo y relevancia social. Se trata más bien de

comunidades participativas, alimentadas día a día a través de la certeza o la creencia de que sus miembros comparten un vocabulario, un código moral y un lenguaje social común, y que saben cómo conversar con los demás o qué conducta adoptar ante ellos en diferentes situaciones. Los miembros de una comunidad viva leen la literatura de otras culturas, ven sus películas, escuchan su música y disfrutan de su gastronomía. Si bien las demás culturas pueden influir en algunos de ellos, darles un placer enorme y flotar sobre su propio horizonte cultural, no forman parte de la cultura colectiva. Lo cual sucede en parte debido a que existe una cultura que comparten con los demás miembros de su comunidad que no aman tanto la cultura extranjera, y en parte a causa de que la influencia puede no ser lo suficientemente intensa como para llevar a una reformulación del sistema de creencias y prácticas de quienes la experimentan. Aunque no lleguen a formar parte de su cultura, estas influencias permanecen ahí como parte del entorno intelectual y constituyen un recurso ajeno y no incorporado que puede activarse cualquier día para remodelar la propia cultura.

Nacer y crecer en el seno de una comunidad cultural supone verse profundamente influido, tanto por su contenido cultural, como por su base comunitaria. Los seres humanos nacen dotados de un conjunto de capacidades y tendencias propias de su especie y se ven transformados gradualmente por su cultura hasta que llegan a convertirse en personas racionales y morales. La cultura está ahí en un momento en el que son fácilmente impresionables y manejables y están estructurando su personalidad. Aprenden a ver el mundo de una determinada manera, a individualizar y asignar ciertos sentidos y significados a las actividades y relaciones humanas y a fundamentar estas últimas según determinadas normas. También adquieren hábitos concretos en el pensar y sentir, rasgos de carácter, inhibiciones, tabúes y prejuicios además de ciertos gustos: en el vestir, musicales, culinarios, artísticos y de otro tipo. Construyen todo un cuerpo de sentimientos y recuerdos, aprenden a amar ciertas formas de sonidos, olores y vistas, héroes, modelos de conducta, gestos corporales, valores, ideales y formas de estar y de evolucionar. Puesto que la gran mayoría de

estos elementos se adquiere de forma inconsciente y a lo largo de los años, según un modelo de vida más o menos integrado, se establecen raíces profundas y se convierten en una parte inseparable de su personalidad. A veces ni siquiera un examen introspectivo es capaz de dar con ellos y, cuando se les encuentra, se está demasiado cerca de ellos como para poder considerarlos desde cierta distancia aunque sea moderada.

Criarse en el seno de una comunidad cultural significa asimismo construir vínculos comunes y desarrollar un sentido de la solidaridad respecto del resto de los miembros. Los vínculos crecen a partir de creencias compartidas, el amar los mismos objetos, el compartir recuerdos históricos, etc., si bien a veces, también pueden trascender todos estos elementos y mantenerse incluso en su ausencia. Se adquiere una red de relaciones cercanas y un sistema de apoyo, y uno se ve vinculado a los demás a través de los lazos que generan las expectativas compartidas y los intereses comunes. Uno también desarrolla las habilidades psicológicas y morales necesarias para no perderse en el seno de la propia comunidad, para saber casi instintivamente qué decir o cómo comportarse en distintas situaciones, para captar y poder responder a señales y alusiones no verbales y relacionarse con los demás casi de manera inconsciente. Se crea un sentido de raigambre, de comunicación sin esfuerzo, una vida moral estructurada y una fácil comprensión mutua. Todo esto, que es una parte importante del bienestar de los seres humanos, es un producto espontáneo de la pertenencia a una comunidad cultural estable.

Así, el pertenecer a una comunidad cultural tiene dos consecuencias fundamentales. En cierta manera ésta estructura y da forma a la personalidad individual a la que dota de contenido o identidad. También hace formar parte a los individuos de un grupo concreto de gente con el que se identifica. Identidad e identificación están estrechamente relacionados. Uno se identifica con un grupo de hombres y mujeres porque comparte una identidad con ellos, y es esta identificación la que dota a la identidad de su soporte social, energía emocional y cierta medida de estabilidad y objetividad.

Toda cultura es asimismo un sistema de reglas⁴. Aprueba o desaprueba ciertas formas de conducta y modos de vida, prescribe normas y regula las relaciones y actividades humanas reforzándolas a través del premio y el castigo. Si bien es cierto, como afirman Kymlicka y Raz, que facilita las cosas a la hora de elegir, también es verdad, como señalara Foucault, que disciplina. Ambas funciones (facilitar y disciplinar) abren y cierran opciones, estabilizan y circunscriben el mundo moral y social, crean las condiciones necesarias para elegir, pero también exigen conformidad. Ambas son inseparables y guardan una relación dialéctica. Todo orden moral constituye un tipo concreto de orden y protege y confina a la vez a aquellos que forman parte de él. Si bien conviene valorar el lugar insustituible que ocupa la cultura en la vida humana, no debemos perder de vista el papel regulador y coactivo que ésta también desempeña, ni tampoco la forma en que institucionaliza, ejerce y distribuye el poder. Su sistema de significados y normas no es ni puede ser neutral entre intereses y aspiraciones encontrados. Las culturas crean y legitiman un orden social concreto concediendo mayores ventajas a unos grupos que a otros. Si bien se debe apreciar que la cultura significa mucho para sus miembros y merece respeto, deberíamos también mantenernos críticamente alertas para detectar cualquier posible daño infligido a algunos de sus miembros o a todos.

Aunque los seres humanos se vean estructurados por su cultura, ésta no las constituye o determina, en el sentido de convertirles en incapaces de adoptar una postura crítica ante ella o de elevarse por encima de las creencias y las prácticas que la constituyen para enlazar con otras culturas. El determinismo cultural solo tiene sentido si asumimos que la cultura es un todo fuertemente estructurado que no se ve influido por nada externo a él mismo, y que los individuos son un material pasivo y manejable que carece de la capacidad de pensamiento independiente. Ninguna de estas asunciones es válida. La cultura no existe en sí misma. Está estrechamente vinculada a las formas de organiza-

ción económicas y políticas o al nivel tecnológico de la comunidad. Todos estos elementos ejercen asimismo su influencia sobre ella. Siendo uno de los factores que moldea a los individuos, y estando a su vez sometida a la influencia de otros elementos, la cultura carece del poder y la autonomía necesarios como para desempeñar el papel determinante que se le atribuye. Además, puesto que cada cultura engloba distintas líneas de pensamiento (a veces contradictorias entre sí) y está sometida al desafío continuo y a interpretaciones divergentes, nunca se manifiesta a sus miembros como un todo homogéneo y cohesionado. Sus diferentes elementos apuntan en distintas direcciones, dejando a sus miembros el espacio crítico suficiente como para que puedan resistirse a la posibilidad de que les supere.

En lo que respecta a los seres humanos, éstos nunca son seres manejables, pasivos y carentes de recursos independientes. La cultura es posible porque los individuos tienen ciertas capacidades y disposiciones (en tanto que miembros de una misma especie) que pueden ser moldeadas y modificadas, pero no eliminadas. Puesto que la eficacia causal de una cultura está sometida a todas estas limitaciones, nunca puede ejercer una influencia decisiva. Además, no hay sociedad alguna que pueda funcionar sin cultivar el potencial intelectual de sus miembros y no es posible predecir o controlar la dirección en la que éste evolucionará. La cultura también mueve a sus miembros a pensar críticamente respecto de las creencias y prácticas de quienes no forman parte del grupo porque éste es uno de sus mecanismos de conservación. Pero no hay forma alguna de evitar que estas facultades críticas se vuelvan en contra de la cultura misma. Los seres humanos son capaces de tener sueños en los que las condiciones de vida son mejores, pueden compararse a sí mismos con los demás miembros de sus sociedades, exigir que se justifiquen los tratamientos diferenciales y ver más allá de los argumentos capciosos y egoístas. Así apenas puede sorprender que, tras siglos de condicionamiento, los intocables hindúes y los esclavos negros de las Indias occidentales y otros lugares siguieran mostrándose profundamente escépticos respecto de la ideología legitimadora dominante. Lo cierto es que los miem-

⁴ Una valiosa discusión sobre la cultura como sistema regulador en Hall (1996).

bros de una comunidad cultural entran en contacto con otras culturas, o al menos oyen hablar o leen sobre ellas. Esto les da un punto de referencia comparado y les advierte que la vida humana puede entenderse y organizarse de formas muy diversas y que su propio modo de vida es contingente y alterable.

A la luz de esta discusión, podemos rechazar dos puntos de vista extremos. Ni los seres humanos se ven determinados por su cultura, ni son seres trascendentes cuyo núcleo interno o naturaleza básica pueda permanecer intacto ante ella. La cultura les moldea, pero son capaces de adoptar un punto de vista crítico respecto de ella y de superarla en diversos grados. El nivel de superación no siempre es el mismo porque depende de la naturaleza de la cultura y de los recursos críticos a disposición de sus miembros. Manteniéndose igual el resto, una cultura aislada de las demás cuyos elementos derivan de una única fuente (como es el caso de las culturas basadas en la religión), o que no cuenta con tradiciones enfrentadas, tiende a ejercer una mayor influencia sobre sus miembros que otras. Esto ocurre porque se enfrenta a sus miembros como un todo cohesionado y relativamente homogéneo y les ofrece recursos críticos limitados con los que resistir al proceso de verse superados por la propia cultura. Incluso una misma cultura afecta de forma diferente a los distintos individuos y grupos que forman parte de ella. Manteniéndose igual todo lo demás, aquellos que están familiarizados con otras culturas o que han tenido la posibilidad de desarrollar sus capacidades de autorreflexión crítica o que tienen razones para mostrarse escépticos ante su propia cultura debido a que se les ha tratado injustamente, probablemente se verán menos influenciados que otros.

4. Lealtad hacia la cultura

Pertenecer a una comunidad implica obligaciones y, *prima facie*, una comunidad cultural no puede constituir una excepción. Esto plantea la cuestión de si uno tiene obligaciones hacia ella, de dónde provienen esas obligaciones y cuál es su contenido. En los últimos años, algunos autores han resucitado estas

cuestiones de forma especialmente venenosa. Tras la publicación de *Los versos satánicos*, Edward Said criticaba a Salman Rushdie por utilizar su conocimiento íntimo y personal de la comunidad a la que pertenecía para alimentar los prejuicios antimusulmanes de Occidente, mostrando una absoluta «falta de lealtad» hacia ella, y Ali Mazrui acusó a Rushdie de «traición cultural». Muchos afroamericanos elevan acusaciones de «traición» y «deslealtad» contra aquellos de sus miembros que no defienden a su comunidad, le vuelven la espalda o «se pasan al otro lado», alimentando así los prejuicios culturales y racistas de la mayoría blanca. Han llegado incluso a crear un vocabulario de crítica despectivo en el que se incluyen conceptos como «esquirols culturales», «tíos Tom» y «cocos».

Como hemos tenido ocasión de comprobar, una comunidad cultural tiene dos dimensiones, una cultural y una comunal. Cuando hablamos de obligaciones y de lealtad hacia la propia comunidad cultural, puede que estemos hablando bien de la propia cultura, bien de la propia comunidad. Analizaremos cada uno de estos dos aspectos.

En principio, la idea de lealtad u obligaciones hacia la propia cultura parece un poco rara, porque no está nada claro cómo se puede tener una relación moral con una entidad tan impersonal como es la cultura. De hecho, no es tan extraño como parece. A menudo hablamos de la obligación del artista o del científico de ser fieles a la ciencia o el arte. Esto es dar un rodeo para decir que deberían ser fieles a los valores fundamentales y a los ideales de la ciencia, como por ejemplo la búsqueda desinteresada de la verdad o la observación rigurosa de la evidencia. En el caso del arte se puede estar haciendo referencia al ejercicio valiente de la imaginación y la persecución de la verdad artística. Las personas religiosas hablan de forma similar sobre la necesidad de ser fieles a su religión, y los liberales sobre la importancia de ser fieles a los principios y valores de la tradición liberal. La lealtad hacia la propia cultura no es nada muy distinto y hace referencia a la fidelidad hacia una forma de vida que incluye valores, ideales, sistemas de sentido y significados y sensibilidades morales y espirituales.